

Lugar

Elevación de la toponimia secreta

No tengo fe en la inspiración». Así concluye uno de los primeros párrafos de 'El peatón de París' (Errata Naturae) el poeta, sobre todo en prosa, y artista en general, bohemio y apache de Auteuil, 'potasson' de primera, León-Paul Fargue. Para añadir, más adelante, renegando de las vanguardias, que la inspiración le parece «el paroxismo de la facilidad». Prefiere «las materias singulares, las premoniciones, el paso de los fantasmas o las geografías secretas». Ahora bien, a fin de comprender estas últimas, que son las que nos interesa enhebrar en este artículo, se necesita, de entrada, convertirse en un paseante entusiasta, por lo que nos vamos a acercar a varios que, al igual que L-P. Fargue pateara los recovecos parisinos, han fatigado y meditado las calles de otras ciudades europeas relevantes.

Hay lugares que de por sí, por lo que quiera que sea, trascienden lo meramente geográfico gracias a la literatura. Uno de ellos es la diversa y hermosa Trieste, ciudad fronteriza, medio austríaca medio italiana: de resultados de su carácter mestizo, cosmopolita. Es nombrarla y nos vienen a la cabeza Claudio Magris, su mujer Marisa Madieri, Italo Svevo, Umberto Saba o Giani Stuparich por parte local y tantos otros escritores de paso, en especial Rainer Maria Rilke y James Joyce. De entre los libros decisivos para la formación de la identidad y del alma triestinas destaca 'Mi Carso' (Ardicia), publicado en 1912, cuando contaba apenas veinticuatro años, por el rubio e inquieto, según sus coetáneos, Scipio Slataper, que tuvo la desgracia de morir muy joven, durante la Primera Guerra Mundial. Su prosa está dotada de un aliento poético («áspero y esquivo lirismo», al de-

cir del citado Magris en el prólogo) poderoso, poco común y en absoluto artificial o sensiblero, de una precisión tan sentida que estremece.

A espaldas de Trieste se extiende el Carso, «un país de calizas y enebros» en el que el autor recrea su niñez y juventud, la vida libre del campo, sin ataduras ni relojes, zambulléndose en el Adriático, subiéndose a los árboles, probando el sabor agri dulce de la flor de la glicinia, cazando mirlos con la carabina de aire comprimido, «buscando gotas de resina en los troncos los ciruelos y tréboles de cuatro hojas», entusiasmándose con la vendimia o revolcándose en la hierba de los prados. Haciendo picias y trastadas, en general cosas de críos, aunque a veces, a mayores, «como el granizo y la bora juntos». Una inmersión completa en la región kárstica hasta fundirse, lo mismo en el bosque que en el pedregal, con el terruño: «conocía el terreno

como la lengua conoce la boca». Me lo imagino, detenido en el tiempo, por donde las sendas de los carboneros, emocionado ante las prístinas primulas entre la nieve.

Luego, baja del monte Kal, con las aristas del Carso en su mirada, a la ciudad, que lo irrita y desarbola, aunque le acaba complaciendo el estrépito del ruido, la construcción del puerto, el bullicioso comercio triestino... Se hace, en definitiva, como periodista y crítico teatral, al ambiente urbano, que traza en párrafos desde lo fragmentario y lo digresivo, claves compositivas de buena parte de la narrativa europea posterior: sus elucubraciones, de índole metafísica, sobre la individualidad, el amor en conexión con la naturaleza, el azar y sus leyes, la nostalgia de la especie, la muerte, el universo o Dios, son tan intensas que valen por sí solas un libro.

En 1929 publica Franz Hessel, nacido ocho años antes que Slataper, 'Paseos por Berlín', otra narración de culto que rescata en nuestro idioma Errata Naturae, donde el fragmento y la digresión confluyen en la figura del 'flâneur', tipo que encarna por excelencia Fargue, dueño de un estilo plástico y minucioso, exquisito y brillante, que gana cuanto más se afila, maestro de la enumeración lírica en la obra citada, que vio la luz diez años después: 'El peatón de París', dedicado «a la señora de Paul Gallimard», otra joya literaria de primera magnitud, espléndida en todos los órdenes, difícil de criticar por algo, salvo por su desafortunado chauvinismo, según París. Porque todo el espíritu parisino, proustiano, sólo para iniciados, gravita, gastando suela, sobre sus páginas: hoteles, mujeres, coches de punto... Cómo olvidar sus incursiones en el gueto judío, los quais con sus buquinistas,

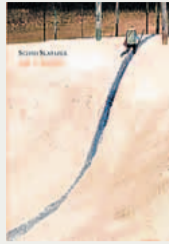
UN ÁNGULO
ME BASTA

FERMÍN HERRERO





Terraza del café
'Les Deux Magots', en
París, con la iglesia de
Saint Germain des Prés
al fondo. :: JACQUES LOIC



MI CARSO
Scipio Slataper, Ardicia,
140 pp., 16 euros.



EL PEATÓN DE PARÍS
León-Paul Fargué,
Errata Naturae,
272 pp., 19,50 euros.



LA CIUDAD DE LAS DESAPARICIONES
Iain Sinclair, Alpha Decay,
288 pp., 22'90 euros.



GRECIA EN EL AIRE
Pedro Olalla, Acantilado,
192 pp., 14 euros.

Montparnasse, Saint-Germain-des-Prés, el Jardín des Plantes o, pongamos, «el difunto Montmartre», «patria de las patrias nocturnas», «gloria de la humanidad», colina sagrada con más artistas que vecinos.

En la línea de la antropología urbana, a la vanguardia contracultural de nuestro tiempo, un tipo de 'flaneur' distinto, moderno, aunque heredero de Fargue o Hessel, es el británico Iain Sinclair, que en 'La ciudad de las desapariciones' (Alpha Decay), con prosa soberbia, un punto expresionista, eleva literariamente un espacio, en este caso la zona Este de Londres, mediante la psicografía, según precisa, con mucha propiedad, la solapa del volumen: «la exploración lúcida y perspicaz del entorno urbano por el afán de descubrir el trasfondo mágico del espacio y la arquitectura que lo articula», en la que es desde luego, en función de los textos que aquí se presentan, un consumado virtuoso.

El novelista Javier Calvo, además traductor del libro, celebra en el prologo que al fin se publique –de «anomalía perturbadora» califica su ausencia hasta el momento– en España a este «autor fundamental para entender las letras inglesas de las últimas décadas», cuyas fuentes últimas, señala, son nada menos que Blake, De Quincey y Machen, si bien se diseminan referencias a Swedenborg, Defoe, de quien se cita el extraordinario 'Diario del año de la peste', Milton o M.R. James. Y, sin embargo, en relación con el mestizaje estético contemporáneo, ubica su pensamiento en la encrucijada del situacionismo, los beat y el punk, siempre en oposición al thatcherismo.

Nos encontramos ante una antología de acercamientos a la intrahistoria londinense

desde todos los ángulos –la City, un cortejo fúnebre, circunvalaciones, pitbulls, las nubes y el mercado de futuros, la Cúpula del Milenio apodada 'Pústula' y no doy ideas...–, con textos que van, conectados, desde 1975 a 2012, coincidiendo con los Juegos Olímpicos, a los que se opuso frontalmente, agavillados por orden cronológico. Entre la crónica y la destilación de lo autobiográfico, son una especie de reportajes, literatura de no ficción, se denomina últimamente, con un plus, en este caso de escenografía con aire visionario. El instinto cartográfico de Sinclair lo lleva a rastrear como un sabueso la manera en que se describe la ciudad, las conexiones intuitivas entre lo geográfico y lo espiritual, lo simbólico, lo mágico incluso, que, trastornado por la violencia abominable, con tintes apocalípticos, se oculta bajo la superficie callejera.

Si Sinclair radiografía a fondo la parte oriental de Londres, Pedro Olalla se centra en 'Grecia en el aire' (Acantilado), pese al título, en Atenas, para abordar, al socaire de los acontecimientos actuales, la herencia y desafíos de la democracia. En cierto modo, este helenista ovetense, que se puso el listón muy alto con la magistral 'Historia menor de Grecia', comentada aquí, es también heredero de la figura literaria del flâneur. De hecho recorre caminando la capital griega, desde sus afueras –la colina de las Ninfas y las Rocas de Pnyx, donde con la Asamblea en cierta manera se originó la democracia y con ella los principios «de libertad, justicia, igualdad, responsabilidad e implicación en la definición y la defensa del interés común»– hasta la tan trágica y llevada plaza Syntagma, epicentro de la protesta popular contra la situación política y económica.

Afirma Javier Calvo que «Iain Sinclair es un autor fundamental para entender las letras inglesas de las últimas décadas»

«Pedro Olalla se declara ardoroso partidario de lo que denomina 'resistencia solidaria' contra los 'monopolios del poder y del dinero'»

Su prosa apretada y precisa, semejante a la tierra pelada y esencial que rodea Atenas, la antigua Cecropia, bautizada definitivamente así en honor de la diosa Atenea, evita toda digresión superflua en pos de un ejercicio comparativo que, en su búsqueda de los vestigios de la auténtica democracia, («un nombre humilde y llano», según el orador Dión Crisóstomo, pudiera convertirse en un conjuro salvador. Por eso calleja por los lugares clave de la gestación democrática: el Ágora, el Pórtico Real, el monumento de los Héroes Epónimos, los restos del conjunto formado por el Bouleuterion, el Tholos y el Metroon...a la par que rememora los hitos hacia la igualdad política: Solón, Clistenes, Efialtes y Pericles. Y entrevera aproximaciones elogiosas a Sócrates, Sófocles a través de 'Antígona', Platón o Aristóteles; y críticas a los epicúreos, los estoicos o los cínicos.

Escrito durante el período 2010-2014 en «la patria del espíritu», en su tierra adusta que mira hacia el mar primordial, «mientras toda Grecia se derrumbaba», toma partido en los asuntos de la deuda, el expolio, la austeridad pública, etc. Se declara ardoroso partidario de lo que denomina «resistencia solidaria» contra «los monopolios del poder y del dinero» que «están desmantelando los países y los proyectos democráticos a espaldas de los ciudadanos». Puede que esté cargado de razón, sin embargo se echa en falta, para eludir posibles maniqueísmos y demagogias –que el propio autor repudia–, una pizca de autocrítica desde dentro en torno a la situación que vive el país donde se dio por vez primera respuesta al sentido de la vergüenza, al de la justicia y al de la excelencia, donde Solón dirigió al aire de una Atenas también herida su dura elegía.